

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1958 - Núms. 91-92



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

118

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **311**

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1958



Tomo XXIX
Núms 91 - 92

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1958

SEPTIEMBRE - OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

Núms. 91-92

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don RAMÓN DE CARRANZA Y GÓMEZ, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Alberto BALBONTÍN DE ORTA.—D. Juan DELGADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. Celestino FERNÁNDEZ ORTIZ.—D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—D. Luis HERTOFS ECHEMENDÍA.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Angel RODRÍGUEZ QUESADA.—D. Manuel RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. José RUBIO RIVAS.—D. Francisco RUIZ ESQUIVEL.—D. Tomás SALAS SÁNCHEZ.—D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

José Guerrero Lovillo.— <i>El Pontifical Hispalense</i> . (Cuatro ilustraciones fuera de texto).....	125
Miguel Lasarte Cordero.— <i>Viejos blasones sevillanos</i> . (Seis ilustraciones fuera de texto).....	141
Alfonso Grosso.— <i>Gustavo Adolfo Bécquer, poeta y pintor</i>	157
José M. ^a Gutiérrez Ballesteros, conde de Colombi.— <i>«Il Giorno», de Parini, extractado por Menéndez y Pelayo</i> (Cinco ilustraciones fuera de texto).....	173

MISCELANEA

Pedro Armero, conde de Bustillo.— <i>La Duquesa Cayetana de Alba fué también Duquesa de Medina-Sidonia</i>	189
J. Rodríguez Mateo.— <i>Don Manuel Siurot, maestro de niños pobres</i> . (Una ilustración fuera de texto).....	195
Francisco Márquez Villanueva.— <i>Datos sobre el Mayorazgo de los Condes de Gelbes</i>	201

LIBROS: Varios.....	205
---------------------	-----

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Cronista Oficial de la Provincia</i> .— <i>Noviembre y diciembre, 1949</i>	215
--	-----

DON MANUEL SIUROT, MAESTRO DE NIÑOS POBRES

En el rescoldo encenizado del canijo recuerdo, laten y se potencian, todavía por suerte, personas y valores que tuvieron gran relieve y significación entre sus contemporáneos.

Puede quedar paliada la fisonomía y aún la nombradía del personaje; puede enneblinarse —quizás la niebla sea el abono para la más próspera fertilidad inmediata— puede enneblinarse, repetimos, la labor, candente e inquieta en su desarrollo y firme en su expansiva resolución; pero siempre un eco emocionado representativo que lo exteriorice, repercutirá al reflejo de una voz conmovida por el recuerdo.

El eco de nuestra voz pretende encontrar eco en la memoria del entrañable andaluz Manuel Siurot, soplando la tibia tonga de ceniza que va cubriendo la brasa viva de su recordación: de ese excelso Manuel Siurot, que fué, a imitación de Nuestro Señor Jesucristo, Maestro de Niños, de Niños Pobres.

Intensa y extensa, en armonioso paralelo con la obra de apostolado del eximio Maestro, habría de ser esta disertación, que limitada al marco de un breve espacio, procurará solamente extraer: de lo íntimo de la obra pedagógica las esencias que le sirvieron de fundamento; y en orden a su extensión, a herborizar, como en una amplia pradera, las más lozanas de sus espigas.

De Abogado a Maestro de Escuela: ¿Qué motivos entrañables, poderosos, indujeron al ilustre abogado a posponer la brillantez de su cimentado bufete, al oscuro y espinoso agobio de enseñar niños?

El virtuoso Arcipreste de Huelva dice sobre este respecto: “Yo no creo ni en la suerte, ni en la casualidad ni en la fuerza

de las circunstancias; yo no creo que la suerte haga a los hombres ni más grandes, ni más chicos, yo no creo más que en la Providencia de Dios, que cuando escoge a un hombre para una obra suya le da las aptitudes y facilidades necesarias para ello”.

Y fué esta designación providencial la que le señaló el glorioso destino. La Providencia preparó preliminarmente a su alma transparente y sencilla, situándola en las espaciosas y abigarradas rutas donde pululan los niños desheredados en perenne manifestación de abandono, de miseria, de sombras y de ansias... Quizás penetrara en su sensible y agudísimo oído, como una floración espinosa y sintética de la infancia desgraciada, un lagrimoso grito de anhelo de mejor fortuna, que él aprehendiera en las alas de su corazón, como ya fué captado por un poeta en ese lenguaje cristalino, flúido y ceceante del pueblo andaluz —que el Maestro tan a la perfección conocía—, y tradujera así:

NIÑO POBRE

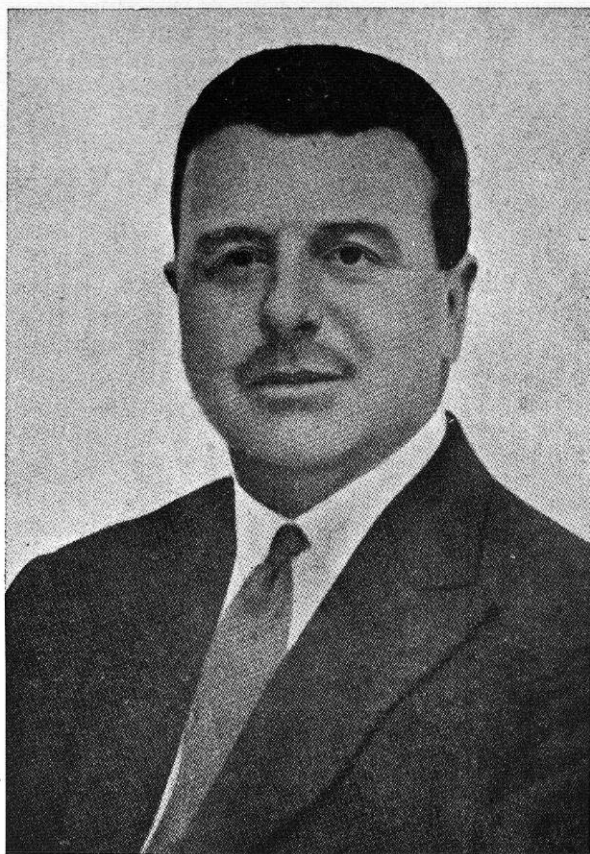
Er niño'e la caza grande
no quíe juntarse cormigo:
¿por qué, tos los niños, mare,
no zemos tos niños ricos?

Tú berías cómo entonce,
iba yo mu bien bestío,
con mis zapatitos nuebos
y mi gorra de marino.

Tendría un coche con rueas
en bé d'un cajón de jigo,
un balón y una guitarra
y un artomovi amariyo.

La choza no fuera choza
sino una caza igualito
que las que en la plaza grande
tienen tos los niños ricos...

Tú berías cómo entonce,
no estaba yo tan pajizo;
no iba a bé mare, otra cara
iguá que la de tu niño:
blanca, mu blanca la frente,
los ojos con mucho briyo
y como las amapolas
los labios y los carriyos;
y siempre mu bien labao
y siempre mu peinaíto...



M. Lacroix

Tú serías cómo entonces,
cuántito me biera er niño
que bibe en la caza grande,
me quedría por amigo...
¿Por qué tos los niños, mare,
no zeremos niños ricos?

La senda, recta, firmísima, aunque trabada por puyosas espinas, estaba ya definida: El iba a ser Maestro de Niños Pobres; de niños sin fortuna, que transformaría en niños ricos de corazón, infundiéndoles, a torrentes, la sangre vital de su cariño; ricos de inteligencia, inyectándoles, sabia e ingeniosamente, los principios de la ciencia humana; ricos de cuerpo, saturándolos de los alimentos físicos del aire, de la luz y del pan; ricos, sobre todo, del espíritu, bañándolos, como en un inmaterial Jordán, en las aguas celestiales de la moral cristiana y en las llamas reavivadoras y fecundas del amor al Divino Corazón de Jesús.

Se preciaba don Manuel Siurot de ser maestro sin haber leído jamás ningún tratado de Pedagogía. El, intuitivamente, se representaba esta ciencia como una señora seca, estirada, fría, insensible; tan atiborrada de reglas, reglillas y leyes, como vacía de corazón; algo así como una de esas institutrices de dedos largos, de andares hombrunos, de rostro afilado y severo, de mirada hostil y regañona, a cuyo adefesio, la moda elegante ha tenido la crueldad de condenar a los niños ricos. Ya se podrá comprender, con esta concepción de la Pedagogía, la simpatía que habría de inspirar esa ciencia a don Manuel Siurot.

El Maestro excelso no tuvo necesidad de engolfarse en los cánones de la llamada ciencia o arte de enseñar niños, porque esta ciencia y este arte eran circunstanciales con la avidez de su propia naturaleza. Estaba dotado de las aptitudes potenciales y básicas que informan y definen al pedagogo genial, flexible, sencillo, atrayente, efusivo, modesto, de alma infantil, de cálida, persuasiva, graciosa y chispeante palabra, pleno de amor hacia los niños y alegremente paciente ante los obstáculos rocosos de la difícil obra.

Su propia naturaleza de educar, como queda expuesto, era la antítesis de la concepción que él forjara de la Pedagogía libresca.

Del pedagogo estirado, al pedante engreído y ridículo, no hay más que un paso. Los dos vocablos tienen la misma raíz. Instintivamente don Manuel Siurot repudiaba el uso personal de la dicción antifonética, de significado dubitativo, para aplicarse el dictado escueto y rotundo de *Maestro*, con la diferencia espe-

cífica de Niños, y la superdiferencia complementaria de Pobres; formando con las tres voces un todo definido y definitivo de su propio apostolado: *Maestro de Niños Pobres*.

Su procedimiento educativo e instructivo estaba inspirado por la influencia divina que ejerciera en su espíritu la comunión cotidiana. El sentido común y la experiencia formalizaban el sistema.

Sus factores educativos eran los propios niños y los accidentes de sus juegos nativos y espontáneos. Con los niños, como elementos, enseñaba la Geografía, la Historia, el Cálculo... Sus juegos ingenuos le sirvieron para plasmar enseñanzas morales o patrióticas...

Y estos mismos juegos como esquemas de ejercicios gimnásticos y rítmicos...

La más difícil de todas las disciplinas escolares, la que mayores obstáculos ha promovido en su desenvolvimiento, la que más desvelos produjo a los maestros de todas las épocas y todos los lugares, ha sido la enseñanza de la lectura. Se explica la dificultad si se tiene en cuenta que la imaginación simplista del niño, muy sensible a la percepción del símbolo cuando éste obedece a formas plásticas lógicas, es refractaria, rudamente hostil a la captación de las representaciones que no convergen ni enlazan ni se relacionan con el objeto representado. Y esta disparidad se produce con los elementos que sirven de vehículo a la lectura; ni las letras, símbolos del sonido, guardan relación con los que representan, ni las palabras, representaciones de cosas, guardan la más remota relación de semejanza con las ideas que comprenden.

Lucha tenaz, tozuda, del maestro para que el niño entienda lo incomprensible. Lucha agotadora del niño para someter su criterio lógico e incomplicado a la complicada oscuridad de lo antilógico.

Y un grito de protesta, de angustia, de desmayo surge de los labios del niño —quizás del mismo Siurot cuando en su infancia transparente luchaba ante la árida cartilla o el rígido cartel mural— cuyo grito suplicante estilizó un poeta en estos versos:

LECTOR

¡Cierra ya la cartilla!...
Me dan miedo las letras
en lo blanco tendidas
con su ropa tan negra.
Achicharra mis ojos
y nubla mi cabeza

la quietud venosa
que se desprende de ellas.

¡Cierra ya la cartilla!
me dan miedo las letras
y quieres amarrarme
los ojos contra ellas.

¡Yo no quiero ver ese
libro de letras muertas!

Tú, que tan bueno eres,
dí, ¿por qué no me enseñas
a leer en las flores
en el mar, en las peñas,
en el monte, en las nubes,
en el río, en la yerba,
en el sol, en la luna
y en las claras estrellas?...
¡En relucientes libros
donde mis ojos vean!

Leer donde los ojos infantiles vean; donde puedan absolver, como labios sedientos, el agua tersa, pura, cristalina del conocimiento en sus más claros y fecundos manantiales.

El Maestro insigne de las Escuelas del Sagrado Corazón, con una visión diáfana y general de la técnica de esta enseñanza, en su práctica no luchó con escollos desalentadores, ni los niños sufrieron las desolladuras espirituales del mundo de lo incomprendible. La letra no les entró con sangre, según el antiguo y arraigado adagio. Aprendieron a descifrar las letras, a comprender las palabras, a enjuiciar las frases con la alegría jovial del juego, con la satisfacción del ingenuo descubrimiento, con la enraizada solidez de la transparente lógica.

El mismo procedimiento racional de la lectura, usó Siurot en la enseñanza de la escritura, su hermana melliza, como él decía con su acierto característico.

En la propia naturaleza del niño —estudiaba y analizaba no a la manera fría del científico, sino con el calor amoroso de un hermano mayor— en la propia naturaleza del niño, repetimos, descubrió los elementos a propósito para su formación intelectual, moral y física.

Su sistema educativo, unilateral, sencillo, transparente y modesto, como la corriente fecundante del arroyo, sólo tuvo una excelsa finalidad: "Preparar y educar al niño para hombre completo y cabal en la tierra y para santo en el cielo".

Y este propósito de esa finalidad lo consiguió a la perfec-

ción: Preparó para el tránsito del camino del cielo infundiendo entre sus niños pobres, asechados por todos los pecados del ambiente, el soplo divino de las virtudes, el fuego purificado de la oración, la luz guiadora de los Mandamientos, el incienso cándido, en fin, de los preceptos y prácticas de nuestra sacrosanta religión.

Y preparó y educó al niño para hombre completo y cabal en la tierra. Hizo del niño lo que se llama un hombre de bien; esto es, bueno y apto para luchar en la vida; sano de alma y de cuerpo. El estudio fué el vehículo para su formación. La vida no fué estudiada en los libros, sino en la vida misma. Ni un solo discípulo de Siurot ha podido exclamar, como aquel pálido estudiante, al resucitar a la vida al conjuro de los ojos de una mujer:

LIBROS

¡Libros! ¡Que el polvo acerado
los aprisione en su seno.

Fantasmas que la luz clara
de mi vida ennegrecieron;
cadáveres que me ahogaron
en sus pálidos venenos!...

¡Que los cierre el polvo frío!

Que yo otro libro no quiero
sino aquel brillante y sabio
en donde todo lo leo:

¡El libro de tu palabra,
el libro de tu silencio!

Esta bocanada de espíritu encanijado no saldrá jamás de ningún discípulo de Siurot porque la vida de estos escolares se formó, se forjó, cristalizó, al fin, en el libro abierto y fértil de la vida.

J. RODRIGUEZ-MATEO.

Las poesías que figuran en el texto son del autor de este artículo.